

CRISTINA PRADA

TODO LO QUE ENCONTRÉ

«Porque los chicos malos son capaces
de hacer que el mundo deje de girar
con un solo beso.»

2

laerótica  booket

Cristina Prada

Todo lo que encontré

*Una caja de discos viejos y unas gafas de sol
de 1964*

Esencia/Planeta

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios.
Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Cristina Prada, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017, 2018

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: julio de 2018

Depósito legal: B. 13.412-2018

ISBN: 978-84-08-18686-1

Composición: Gama, S. L.

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

1

Cande

Siento el segundo exacto en el que mi corazón se parte en pedazos.

No puedo entender lo que está pasando. Va a casarse con Estela. ¿Cómo? ¿Por qué? Sergio me mantiene la mirada y un desolador desahucio inunda sus ojos azules. Estoy segura de que sólo es un reflejo de lo que llena los míos, de la confusión, de la tristeza... Va a casarse. Va a casarse con ella.

—¿No dices nada? —pregunta Estela, y juraría que hay cierto toque de desdén, como si la imposible idea de que sabe todo lo que acaba de arruinar, hoy, fuese un poco más posible.

Niego con la cabeza, incapaz de hacer otra cosa. No puedo. Doy un paso atrás con pies torpes y vuelvo a hacer el mismo gesto.

—Lo siento. Tengo que irme —murmuro.

Estoy desconcertada, triste, enfadada, alucinada, y esas sensaciones se vuelven físicas y comienzo a marearme. Alzo la cabeza sin ni siquiera saber por qué y la miro a ella y luego a él.

—Enhorabuena, Sergio —pronuncio—. Espero que seas muy feliz.

Acababa de decirme «te quiero».

—Cande —susurra sin levantar sus ojos de mí, llenos de las mismas emociones que inundan los míos.

Acababa de decirme «te quiero» y ya no tengo nada.

Las lágrimas comienzan a bañar mis mejillas.

Giro sobre mis pies y salgo del despacho. Un sollozo atraviesa mi pecho cuando apenas he dado el primer paso en la sala principal. En ese preciso instante oigo su voz llamarme de nuevo y salir tras de mí. Prácticamente echo a correr y él lo hace detrás, ante la fascinada mirada de todo el Departamento de Recursos Humanos de Javier Freirá y Asociados.

Su mano rodea mi muñeca y tira de mí, frenándome y a la vez conduciéndome hasta la sala de reuniones. La puerta se cierra con cierta violencia a nuestra espalda. Lucho por zafarme. De pronto estoy demasiado enfadada. ¡Lo odio! ¡Lo odio aún más que cuando encontré a aquella mujer en su casa, todavía más que cuando regresé a Madrid!

—¡Suéltame! —grito. Me da igual quién pueda oírnos.

—Yo no quería que las cosas pasasen así —trata de explicarse.

Pero no le escucho. ¡No quiero!

Me lleva contra la pared y me aprisiona con sus caderas contra el muro. Trato de empujarlo, de abofetearlo, pero atrapa mis muñecas de nuevo y también las lleva contra la pared.

—Maldita sea, escúchame.

—¡No!

—¡No quería hacerte daño! —Parece que a él tampoco le importa quién pueda oírnos.

—¡Pues lo has hecho! —respondo antes siquiera de pensar las palabras—. ¡Me has destrozado! —E involuntariamente mi voz se llena de lágrimas.

Quiero soltarme, pero ni siquiera ahora me deja. Noto sus ojos azules sobre mi rostro. No estoy avergonzada por estar llorando delante de él. Estoy cabreada por permitirle ver cuánto me afecta.

Sergio deja escapar todo el aire de sus pulmones despacio y su cuerpo se llena con una tensión diferente, como si pudiese sentir mi dolor y ese hecho incrementase el suyo, multiplicándolo por mil.

—Cande, yo no quería que las cosas sucediesen así —repite tratando de que su voz suene serena—. Lo de Estela ha sido un error. Quería arreglarlo, pero no podía hacerlo por teléfono. Ayer me llamó para decirme que había adelantado su vuelta de Londres y yo le respondí que teníamos que hablar. Iba a terminar con todo. —Sergio se toma un segundo, un aviso de que ahora viene lo que realmente quiere decir—. Sólo quiero estar contigo. Tienes que creerme.

Alzo la cabeza. Siguen siendo los ojos azules más bonitos que veré jamás, sigue siendo él, pero yo ya no soy la misma.

—No —murmuro. Ya no hay gritos.

—Cande —me llama o me reprende, quién sabe.

—No quiero escucharte.

—No voy a dejar que todo esto termine así —me advierte, y otra vez suena desesperado.

—Sí no dejas que me vaya, le contaré a Rodri todo lo que ha pasado.

Una punzada de culpabilidad me atraviesa, pero no le doy espacio para quedarse. La mirada de Sergio cambia en una décima de segundo y, tomándome por sorpresa, me suelta dando un paso cargado de una masculina seguridad hacia la puerta.

—Vamos —me pide sin un solo resquicio de duda—. Subamos. Ahora mismo. Pienso decirle que te quiero, que quiero estar contigo.

No era la reacción que esperaba y por un kamikaze segundo mi corazón parece recomponerse y henchirse de esperanza. Está dispuesto a hablar con Rodri, a defendernos. Sin embargo, cuando he dicho que ya no soy la misma, no mentía. Su gesto llega demasiado mal y demasiado tarde.

Sergio continúa su camino hacia la salida.

—Le diré que me engañaste. —Mis palabras lo detienen en seco cuando ya está a punto de alcanzar la puerta y se gira despacio. Mi voz sigue inundada por el llanto, pero al mismo tiempo resulta extrañamente convincente, destilando esa clase de determinación que aparece cuando ya estás tan rota que ni siquiera eres capaz de sonar desesperada—. Le diré que te aprovechaste de mí, de que sólo tengo veintidós años y eres mi jefe, para que hiciera todo lo que querías, que jugaste conmigo hasta que te cansaste.

En realidad sólo he puesto en palabras lo que Rodri dio por hecho que estaba pasando «con ese alguien mayor». Por eso sé que no me costaría mucho trabajo convencerlo de que las cosas sucedieron exactamente así. Sergio aparta la mirada a un lado y al final la pierde en el suelo, sin hacer ningún otro movimiento con el resto del cuerpo. Él también lo sabe.

No espero más, tampoco digo nada más y simplemente echo a andar hacia la puerta. Al pasar junto a él, su olor vuelve a sacudirme y mi mente traicionera y masoquista me regala una imagen perfecta de nosotros en su despacho, de cómo sonrió cuando me dijo «te quiero». Hace menos de una hora de aquello. La vida de una persona puede cambiar mucho en tan sólo unos minutos.

Me obligo a enterrar ese recuerdo en lo más profundo de mí. Continúo caminando y abro la puerta.

—Cande —le oigo llamarme en un ronco susurro lleno de demasiadas cosas, pero no me detengo.

El hilo entre los dos por fin se ha roto y la música ha dejado de sonar.

Regreso a mi mesa obviando cómo me miran todos. Supongo que es bastante ridículo seguir pensando que no saben nada, pero tampoco creo que sepan a ciencia cierta lo que hay entre nosotros. Debería decir lo que ya no hay entre nosotros. Sea lo que sea lo que esté dispuesto a sentir, ahora piensa sentirlo con Estela. Cabeceo, resoplo. No quiero seguir aquí. Recojo mis cosas tan rápido como soy capaz y salgo de la oficina sin mirar atrás. Cuando me monto en el ascensor, Sergio aún no ha salido de la sala de reuniones.

Me paso las seis paradas de metro y el trasbordo a la línea uno llorando como una Magdalena. Me gustaría parar, pero no puedo, y lo peor es que soy plenamente consciente de que no lloro como las damiselas lloran en las pelis, con un llanto contenido, casi romántico. No, señor. Ya he perdido la cuenta de cuántas veces me he sorbido los mocos y cuántas veces me los he limpiado con la palma de la mano sin poder dejar de sollozar. Incluso he estado tentada de contarle mis penas a una pobre chica incauta que ha cruzado la mirada conmigo dos veces y me ha contemplado con algo parecido a la ternura. No es que me haya contenido, es que se ha bajado dos paradas antes que la mía.

En mi apartamento, más concretamente en mi salón, y más aún en mi sofá, pienso en seguir llorando el resto de mi vida. Va a casarse... con ella. Sergio, el hombre que no quería compromisos, que pensaba que el amor era una farsa, va a casarse. Un montón de crueles preguntas empiezan a arremolinarse en mi cabeza: ¿cuánto tiempo llevan juntos?, ¿a ella también le ha dicho que la quiere?, ¿lo sentía de verdad cuando me lo dijo a mí?

Si fuese una chica lista, hubiera cabeceado y me hubiese olvidado de todas esas cuestiones, pero a estas alturas imagino que tendréis claro que, cuando se trata de él, no

lo soy. Me seco las lágrimas, me incorporo en mi sofá y rescato mi móvil del bolso. Dos tonos después, contesta.

—¿A ella también la quieres? —pregunto a bocajarro.

—Cande —susurra al cabo de unos segundos, con la voz llena de compasión. Un pequeño detalle que me hace odiarlo todavía más. No quiero que me compadezca. No se merece hacerlo y sentirse mejor.

—Te odio —le escupo—. Te odio como creo que no he odiado a nadie en toda mi vida y nunca me arrepentiré lo suficiente de haberme enamorado de ti.

Cuelgo antes de que pueda decir nada y, sin poder controlarlo, rompo a llorar de nuevo a la vez que vuelvo a dejarme caer en el sofá.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando llaman a la puerta. No pienso abrir. Siguen llamando. Sigo sin moverme. El timbre deja de sonar y, sea quien sea quien está al otro lado, comienza a aporrear la madera, cada vez con más fuerza. Me da exactamente igual.

Y entonces suena su voz.

—¡Cande!

Todo mi cuerpo se tensa a la vez que me levanto despacio. Creo que incluso dejo de respirar. ¿Qué hace aquí? Ni siquiera me planteé la posibilidad de que se presentara en mi piso.

—¡Cande, abre! —ruge—. He roto con Estela.

El corazón me da un vuelco y vuelve a caer destrozado. Ni siquiera sé cómo debería sentirme.

Camino hasta el diminuto recibidor, pero no digo nada y durante el siguiente minuto el silencio se apodera del ambiente.

—¡Abre la maldita puerta! —grita golpeándola con tesón.

Suena desesperado, perdido, solo, y yo tengo que apretar los labios conteniendo un nuevo aluvión de lágrimas. ¿Por qué ha tenido que venir?

Un golpe sordo, de su puño contra la madera, me sobresalta y a continuación el silencio vuelve. Un silencio que, a pesar de serlo, está cargado de demasiadas cosas.

—Nena —susurra, y todo mi mundo vuelve a tambalearse—, ya no sé vivir sin ti.

Sus palabras atraviesan la puerta y me calientan de una manera que ahora mismo también me llena de dolor. Yo tampoco sé vivir sin él, pero los dos vamos a tener que aprender y es sólo culpa suya.

—Me equivoqué —continúa con una aplastante seguridad, con el mismo dolor que siento yo. Lentamente, me deslizo por la pared hasta sentarme en el suelo, apenas a unos centímetros de la madera entre los dos—. Me he equivocado en demasiadas cosas y la primera fue no darme cuenta de que me enamoré de ti la primera vez que te vi. Desde esa décima de segundo tendría que haberte agarrado con fuerza y no haberte soltado jamás. —El silencio vuelve, sólo un instante—. Nena, daría todo lo que tengo porque las cosas fueran diferentes, pero no puedo.

Miro la puerta deseando también que todo fuera diferente. Lo quiero. Lo quiero como una auténtica idiota, pero no puedo volver a caer. Me ha hecho demasiado daño.

—Tú haces que mi vida valga la pena.

Su voz vuelve a trasladarme a su despacho, a cómo me sentí cuando le oí decirme «te quiero» por primera vez, a sus manos, a sus ojos azules, a su sonrisa. Abrazo mis propias piernas y cierro los ojos, luchando contra todo lo que siento, contra cada lágrima. No sé cuánto tiempo nos quedamos así, cada uno a un lado de la puerta, sabiendo perfectamente que ninguno ha sido capaz de alejarse un simple paso. La noche se hace más cerrada y el rumor de las personas abarrotando las terrazas y locales de La Latina, más intenso. Tengo que levantarme, tengo que salir de aquí. Sergio es mi debilidad, incluso ahora, pero Candela

Martín no está dispuesta a cometer los mismos errores; con toda sinceridad, ni siquiera creo que sobreviviese.

Me armo de valor y me levanto poco a poco. Miro la madera y mi corazón se resquebraja un poco más.

—Márchate, Sergio.

Mi voz suena extraña, como si otra persona estuviese pronunciando esas palabras y no yo. Cabeceo enterrando esa idea y obligo a mis pies a moverse. Una parte de mí grita y patalea porque no quiere alejarse de él. La otra tiene demasiado claro que quedarse ya ni siquiera es una opción.

—Lo siento, Cande.

Sus palabras vuelven a atravesar la superficie que nos separa, el espacio vacío entre los dos, y estallan dentro de mí. Me freno en seco. Los ojos me queman repletos de lágrimas.

Oigo el ruido amortiguado de alguien levantarse al otro lado y después unos pasos que se apagan con lentitud hasta dejar de sonar. Se ha marchado. Un nudo se contrae en mi estómago y me siento aún más triste.

Voy hasta el dormitorio, apago la luz de un manotazo y me meto en la cama. Quiero dejar de pensar, pero no soy capaz. Me giro sobre el colchón y me acurruco agarrando con fuerza la almohada. Mis ojos vuelan hasta la ventana buscando distraerme, pero es imposible huir de lo que quiero huir. Cometo el error de cerrar los ojos y mi mente actúa como un traicionero proyector. Dios, me duele el corazón. Decido rendirme y concederme una última tregua. «Sólo una vez», me juro, porque me conozco y no quiero acabar convirtiéndome en una yonqui de los recuerdos. Veo a Sergio en su despacho, frente a mí, con sus ojos azules atrapando los míos. Recorre despacio mi rostro con la mirada, buscando conservar cada segundo. Me dice «te quiero». Me hace feliz. Sonríe.

Nunca había sido tan feliz.

Abro los ojos lentamente y vuelvo al aquí y ahora. Me equivoqué. El hilo entre los dos no se ha roto y creo que, para mi desgracia, no se romperá jamás.

Me levanto con una sola idea en la cabeza. Apenas he dormido una hora y he tenido mucho tiempo para pensar y, sobre todo, para entender una cosa: tengo que protegerme. El amor no es como en los libros, ni tampoco es lo que mueve el mundo. Después de todo, Sergio tenía razón. Ahora lo sé.

Me visto con una vieja sudadera de Rodri y salgo a la calle. Echo a andar olvidándome de taxis o el metro. Unos quince minutos después estoy pasando de largo el oso y el madroño. Esa estatua siempre me hace sonreír, pero hoy ni siquiera la miro. Creo que nunca había estado tan triste.

Tengo la sensación de que todas las personas que me miran son conscientes de lo desgraciada que soy. Los ojos hinchados, la nariz roja. Mentalmente me invento un montón de respuestas: echo de menos a mis padres, me he quedado sin trabajo, he dejado la carrera, va a casarse. Probablemente todas sean verdad.

—Hola, preciosa —me saluda Marcos cuando me detengo frente a él.

—Hola —respondo.

—¿Estás bien? —inquire dando un paso hacia mí.

Yo asiento y rehúso el contacto alejándome apenas unos centímetros. El reloj marca las nueve sobre nuestras cabezas.

—Cande, ¿qué...?

—Querías una respuesta, ¿no? —lo interrumpo sorbiéndome los mocos.

Marcos aprieta los labios tragándose sus preguntas y su preocupación.

Lo miro. No se parece a Alain Delon de joven en *El gatopardo*. No suena música. Y decido que eso es exactamente lo que necesito, porque Candé Martín lo que quiere es estar a salvo.

—La respuesta es sí.

La expresión de Marcos cambia. Quiere sonreír, estar feliz, pero el buen chico pesa más y sigue preocupado.

—Me has hecho el tío más feliz del mundo, pero... ¿es lo que quieres?

Asiento.

—Sí —me obligo a pronunciar, como si necesitase oírme decir en voz alta para echarlo a él de mi vida.

Marcos frunce el ceño tratando de estudiarme, de comprender por qué estoy haciendo esto. Finalmente resopla sin levantar sus preciosos ojos marrones de los míos.

—Candé, ¿por qué estás así?

—Porque me he equivocado —contesto sin paños calientes, encogiéndome de hombros y aguantándome las ganas de llorar—, pero ahora voy a hacer las cosas bien.

Él sonríe con ternura. Da un paso hacia mí y, dejándome claro lo que va a hacer, alza la mano y me acaricia suavemente la mejilla. No hay fuegos artificiales, pero tampoco hay dolor.

—Todo eso me da igual —repite sincero—. Lo único importante es que estás aquí.

Me abraza y me besa y yo me dejo hacer.

Marcos me ofrece desayunar juntos, pero, antes de que pueda responder que sí, lo llaman por la radio prendida de su uniforme de policía. Debe volver a la comisaría. Me dice que me compensará y yo, en el fondo, respiro aliviada. Sólo quiero estar sola.

Estoy subiendo las escaleras de vuelta a mi piso cuando percibo murmullos en mi rellano. Me freno en seco y me preocupo, casi me asusto. Una lista corta, pero desde luego bastante intensa, de las personas que puedan ser se pa-

sea por mi mente: Estela, para hablarme de su boda; Rodri, porque Sergio se lo ha contado todo... Sergio. Sacudo la cabeza y continúo subiendo. Sea lo que sea, puedo con ello. Sin embargo, suspiro otra vez aliviada al ver a Sira y a Martina sentadas en el suelo junto a la puerta, la una en frente de la otra.

—¿Dónde te habías metido? —pregunta Martina, preocupada al reparar en mi presencia, levantándose.

Sira la imita y las dos me prestan atención.

Yo me tomo un par de segundos para contestar, porque realmente no sé qué decir.

—Estaba resolviendo unos asuntos —contesto con poco convencimiento.

—¿Qué asuntos? —inquire Sira desconfiada, achinando la mirada.

Otra vez me tomo un momento para buscar la respuesta adecuada. Acabo desistiendo.

—Asuntos —aclaro pasando entre las dos para llegar a mi puerta.

—Cande —me llama Sira, y suena compasiva, como si estuviese consolándome, aunque no supiese por qué. ¿Tan obvio es? Supongo que sí.

Entro y ambas me siguen.

—Sergio me llamó —me explica Martina.

Sus palabras me detienen en seco, pero rápidamente reanudo el paso sin ni siquiera llegar a volverme. Sergio se acabó para mí, y todo lo que tiene que ver con él, también.

—Me dijo que viniésemos a verte, a estar contigo —continúa—, pero no me aclaró por qué. ¿Estáis juntos?

Tuerzo el gesto camino de mi cocina. Esa pregunta escuece, más de lo que me gustaría.

—¿Habéis roto? —pregunta Sira más certera—. ¿Por eso vas vestida como una indigente que va a correr la San Silvestre Vallecana?

Abro el frigo y cojo una botellita de agua. Doy un largo suspiro, insuflándome valor.

—Sergio va a casarse con Estela —suelto a bocajarro a la vez que me doy media vuelta—. Teníais razón, ser amigos lo complicó todo y volvimos a acostarnos, creo que incluso a estar juntos. Me dijo que me quería —continúo sin darme tiempo a pensar en ninguno de los recuerdos que evocan mis propias palabras—. Menos de cinco minutos después, me enteré por boca de mi hermana de que es su prometido.

Sira y Martina me miran más que alucinadas. Creo que ahora mismo se encuentran en un estado próximo a la simbiosis mística.

—¿Por-por qué? —acierta a tartamudear Sira.

Yo me encojo de hombros forzando una sonrisa que pretende ser una seña de indiferencia y se queda en algo torpe, nervioso y triste.

—Eso me gustaría saber a mí.

—¿Has hablado con él? —pregunta Martina.

—Me explicó que él no quería que las cosas fueran así, que iba a romper con Estela, pero que no quería hacerlo por teléfono. Ayer se presentó aquí. Me dijo que ya no estaban juntos, pero eso ya no me vale. —Mi voz se rompe al final de la frase, pero inspiro con fuerza y consigo controlar los sollozos.

—Cande —murmura Martina al otro lado de la barra de la cocina.

—Dúchate y cámbiate de ropa —me ordena convencidísima Sira en ese mismo segundo, sólo a unos pasos de Martina, que la mira confusa, mucho. Yo también lo hago—. No vas a quedarte llorando aquí por ese maldito cabronazo. Vas a ponerte monísima y nos vamos a ir a trabajar. ¿Por qué? Porque somos chicas, queridísima Cande Martín, y no hay nada que no podamos solucionar subidas a unos taconazos de infarto.

Yo la miro sin saber qué contestar a semejante discurso, que creo que ofendería a feministas y machistas por igual.

—Estoy de acuerdo con Carrie Bradshaw —secunda Martina con una sonrisa.

—No me ofendes, me halagas —le replica Sira índice en alto—. Se trata de demostrar un par de cosas —prosigue mirándome de nuevo a mí—. Quiere casarse con la arpía de Estela, que le den. Lo quiso alguna vez, que le den también. Tú eres fuerte y no lo necesitas.

La miro y automáticamente decido que tiene razón. Claramente, es lo que más me conviene. Me sorbo los mocos y echo a andar hacia mi habitación. Aún no he entrado cuando, por el rabillo del ojo, veo a Sira girarse hacia Martina, suspirar y agitar la mano a la vez que pronuncia un «joder» entre dientes. Una significativa muestra de que, más allá del discurso motivacional que acaba de soltarme, lo que me ha pasado le parece una putada, y de las importantes.

—Te estoy viendo —la recrimino sin detenerme.

—Arriba las mujeres —responde rápidamente alzando el puño.

Aparecemos en la oficina con más de tres horas de retraso, aunque francamente llegar tarde es lo que menos me preocupa.

Al alcanzar mi planta, lo primero que hago es mirar hacia su despacho, un gesto reflejo que no puedo controlar. Aunque creo que también tiene algo que ver con evaluar la situación. Si mi corazón va a comenzar a latir con fuerza sólo porque él esté cerca, mejor saberlo ahora... y apuntarme en la lista de donantes también. Motivo: mi corazón es soberanamente gilipollas. Por suerte, aunque la puerta está abierta, no hay rastro de Sergio. Debe de haber subido a alguna reunión.

Nada más verme, Pedraz, con más tesón que disimulo, se levanta y se marcha por el pasillo que conduce al despacho de Paula. Lo observo, pero no tardo más de un par de segundos en dejar de prestarle atención. Probablemente nuestra jefa le haya mandado algo y acabe de recordar que hace una hora que debió entregarlo.

Sira y Martina insisten en acompañarme a mi mesa y, cuando me instalo en ella, insisten en remolonear un poco y quedarse cerca de mí.

—Estoy bien —les digo por enésima vez.

—¿Quién lo duda? —replica Martina—. Simplemente nos gusta estar aquí.

Mira a su alrededor. Sus ojos se cruzan con los de Arroyo y éste le guiña un ojo con un poco más de lascivia de lo estrictamente necesario.

—Acabo de hacerme lesbiana —añade cruzándose de brazos, manteniéndole la mirada.

Gran error.

—¿En serio? —repite Arroyo encantadísimo—. ¿Cuándo? ¿Puedo mirar?

Lo sabía, y sonrío por primera vez desde hace veinticuatro horas por eso y porque mis compañeros cualquier día van a fundar su propio portal de citas para folleto por Internet.

El pitido del ascensor indicando que las puertas van a abrirse atraviesa el ambiente mezclándose con el tecleo, la punta de los bolígrafos sobre el papel y el rumor de los comentarios ocasionales, y también con unas pisadas cada vez más aceleradas.

Sólo un segundo después, Sergio irrumpe en la sala desde el pasillo que conduce al despacho de Paula. Clava sus ojos azules directamente en mi mesa, en mí, a la vez que se frena en seco. Parece aliviado y tenso al mismo tiempo, como si la mente en este preciso instante le funcionase a mil kilómetros por hora.

Da un paso más en mi dirección y vuelve a detenerse, conteniéndose.

Estoy enfadada, asustada, triste, feliz, y me odio un poco más a mí misma por esta última parte. Quiero saber cuándo voy a dejar de sentirme así. Ahora mismo es lo único que quiero.

—Señorita Martín, a mi despacho —ordena finalmente, a la vez que, inquieto, se pasa la mano por el pelo.

Pedraz pasa a su lado saliendo del mismo pasillo y, de prisa, regresa a su mesa. Sergio debió de haberle dado orden de que lo avisara en cuanto me viese aparecer y ése es un motivo más por el que lo observo sin saber qué decir. No estoy obnubilada ni nada por el estilo. Martina y Sira lo miran exactamente igual que yo, incluso Gustavo y el resto de mis compañeros. Sergio Herranz no muestra sus emociones, nunca, y, sin embargo, eso es justo lo que está ocurriendo ahora.

—Hola.

Su voz me sobresalta.

Me giro y veo a Marcos, de uniforme, caminar en mi dirección desde los ascensores. Sonríe y yo me obligo a hacer lo mismo. Las chicas han pasado de alucinadas a patidifusas.

—Hola —le devuelvo el saludo algo nerviosa.

—Antes me has dejado preocupado —me explica deteniéndose junto a mí— y he pensado que quizá podríamos comer juntos.

Noto la mirada de Sergio hacerse más intensa sobre mí.

—Sí —murmuro sin mucha convicción.

—Señorita Martín —ruge—, ¿no me ha oído?

—No voy a ir —contesto.

Los pocos compañeros que no nos prestaban atención ahora lo hacen por mi negativa. El departamento se sumerge en un silencio sepulcral. Sergio aprieta la mandíbula bajo su barba de un par de días sin apartar sus ojos de mí.

—Señorita Martín —me advierte con su voz amenazadoramente suave.

—No —respondo.

Nos mantenemos la mirada. Nos decimos demasiadas cosas sin usar una sola palabra.

Marcos nos observa sin entender nada. Mis compañeros, sin poder creerse que esté desafiando al señor Herranz en mitad de la sala. Mis amigas siguen alucinando. Creo que incluso yo lo estoy haciendo un poco.

—Cande —me llama Martina acuclillándose junto a mí—, Sergio no va a rendirse y *todos* —continúa, haciendo un especial hincapié en ese último vocablo, y de inmediato entiendo a quién se refiere— os están viendo.

Calibro su comentario y no tardo más de un segundo en comprender que tiene razón. No quiero empezar mi relación con Marcos teniendo que dar explicaciones sobre cómo acabó la que tuve con Sergio, y tampoco me gustaría ponerlo en una posición en la que tenga que confiar en mí sin que yo suelte una palabra... eso ya lo hice esta mañana. Así que, sin que me quede otra, me levanto a regañadientes, destilando una ira termonuclear, pero, antes de dirigirme hacia su despacho, me vuelvo hacia Marcos.

—Sólo será un momento —me disculpo, y él asiente.

Sin mirar a Sergio ni un mísero instante, echo a andar hacia su despacho. Él sí me observa a mí, o más bien me fulmina con la mirada. Entro en su oficina y la simple idea de estar aquí me sacude. La puerta se cierra con un sonoro portazo a mi espalda. En un segundo todo se hace demasiado intenso.

—¿Qué hace aquí ese gilipollas? —brama sin preámbulos, tratando de mantener el control y fracasando en parte.

Yo trago saliva y con ese gesto intento diluir la bola de rabia pura que tengo en la garganta.

—No es asunto tuyo.

Al alzar la mirada, él ya está frente a mí, al otro lado de su mesa. Creo que esta situación, el que estemos cada uno a un lado de su escritorio, en su despacho, siempre le ha otorgado más poder.

—Para con esto, Cande —gruñe.

—No pienso hacerlo. Y quiero el traslado —añado decidiéndolo de pronto.

Soy plenamente consciente de que debo quedarme aquí, trabajar y dar la cara, pero puedo hacerlo en cualquier otro departamento. Me merezco poder mirar hacia el despacho de mi jefe y no sentir ganas de rociarlo con gasolina y prenderle fuego o llorar como una Magdalena en el baño (depende del día).

La mirada de Sergio cambia y una decena de emociones se apoderan de ella, inundándola tan rápido que no puedo distinguir ninguna.

—Eso no va a pasar —sentencia arrogante. Esa emoción siempre gana a las demás—. Y soy la única persona que puede concederte ese traslado.

Estoy hastiada de todo esto. No quiero seguir discutiendo. Mi historia con Sergio se ha acabado. Me encojo de hombros transmitiendo esa sensación de suave y desolado cansancio.

—Puedes obligarme a quedarme —respondo—, pero yo ya estoy muy lejos de aquí, Sergio.

Su mirada vuelve a transformarse y me parece que todo lo que me está destrozando por dentro se contagia en sus ojos azules. Su cuerpo se tensa un poco más y la sensación de que todo duele demasiado crece entre los dos hasta inundarlo todo.

Ninguno de los dos dice nada y salgo del despacho. Mis compañeros me miran más o menos discretos y mis amigas siguen junto a Marcos.

—¿Todo bien? —inquire con una sonrisa al verme.

Martina, Sira y yo nos miramos y las tres nos dedicamos un «si tú supieras» telepático.

—Sí, claro —contesto nerviosa.

—¿Comemos? —continúa Marcos.

Miro a mi alrededor algo descolocada. El corazón me late demasiado de prisa.

—Sí —musito.

Martina, a mi lado, me coge discreta la mano y me la aprieta para tranquilizarme o infundirme valor o, quizá, simplemente, diciéndome que estoy haciendo las cosas bien.

Marcos me hace un gesto para que pase delante y, tras asentir dos o tres veces más de la cuenta, echo a andar.

Regreso a la oficina relativamente pronto. Es lo justo después de la hora a la que he aparecido esta mañana. Aunque hay quien diría que tampoco ha sido la comida más cómoda del mundo. Marcos ha estado muy atento y simpático, como siempre en realidad, pero yo no podía dejar de darle vueltas y más vueltas a todo lo que ha pasado estos dos días.

Cuando todos comienzan a levantarse y a abandonar el edificio como si estuviera en llamas, me doy cuenta de que ya han dado las seis y media. Hoy ha sido uno de esos viernes que nos ha tocado jornada completa y, aun así, soy consciente de que debería quedarme para recuperar el tiempo perdido. Sin embargo, acabo levantándome y rescatando mi abrigo. Eso sí, me anoto mentalmente restarme un par de horas extras a las dos mil ochocientas setenta y tres que me debe Javier Freirá y Asociados.

Ralentizo el paso para dejar a mis compañeros entrar en el ascensor. Prefiero ir sola en el siguiente. Concha pasa a mi lado a una velocidad pasmosamente rápida y bloquea las puertas para poder entrar.

—¿Vienes? —me pregunta mirándome.

Niego con la cabeza.

—No, gracias.

Creo que me mira suspicaz, pero no estoy segura, porque Pedraz empieza a armar alboroto al fondo del ascensor, diciendo que si Chen fuera una *drag queen*, sería una *dilag queen*, y que si se mudara a Valencia, podría ser *dilag queen* y *comel aloz* o las dos cosas a la vez y llamarse «Superlativa, la geisha fallera», como nombre artístico. Concha lo manda callar de un berrido y le dice que no puede hacer esa clase de comentarios racistas, que somos el Departamento de Recursos Humanos y tenemos que dar ejemplo, y que deje tranquilo al pobre Chen, que ya tiene que ser muy difícil para él ser chinito, con todos los que hay.

Las puertas se cierran y me doy cuenta de que estoy sonriendo. Con esta pandilla es imposible no hacerlo.

Espero unos minutos prudenciales y vuelvo a llamar el ascensor. Aún no he separado el dedo del botón cuando unos pasos se detienen a mi espalda. Todo mi cuerpo se hace hiperconsciente del suyo y el corazón me da un brinco dentro del pecho, torpe, kamikaze y henchido de esperanza. Ni siquiera he necesitado verlo.

Me obligo a no girarme, a no reaccionar de ninguna manera, pero, cuando las puertas del elevador se abren y Sergio rodea mi muñeca con su mano, creo que el mundo empieza a girar demasiado rápido.

Es así de cruel.

Tira de mí hacia el interior y yo me dejo hacer. Justo antes de que las puertas vayan a cerrarse, Castaño se acerca a la carrera para entrar, pero Sergio lo fulmina con la mirada, frenándolo en su intento. Yo trago saliva y la voz de mi conciencia grita que no debería estar aquí.

Apenas hemos descendido un metro cuando Sergio, decidido, pulsa el botón de parada y se gira hacia mí con esa latente masculinidad cegándolo todo.

—Cande, vas a escucharme —me advierte cogiendo mi cara entre sus manos.

Algo dentro de mí se activa y abro la boca dispuesta a gritarle. ¡Yo no tengo nada que escuchar que provenga de él!

—Te quiero.

Cualquier cosa que pensara decirle se desvanece y tengo la sensación de que mis pies se separan del suelo despacio.

—Te quiero —repite dejándome ver en su mirada más azul que nunca que no está mintiendo, que siente cada letra que ha pronunciado— y todo lo que dije en tu rellano es verdad. Tú haces que mi vida valga la pena.

Los ojos se me llenan de lágrimas. Si fue difícil escapar de esas palabras cuando nos separaba una puerta y ni siquiera podía verlo, el esfuerzo ahora supera lo titánico. Quiero devolverle esas mismas palabras, quiero tirarme en sus brazos, pero una parte de mí tiene demasiado miedo. No puedo olvidar lo que ha pasado.

—Cásate conmigo, nena.

¿Qué?